

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 92.—BARCELONA 11 DE FEBRERO DE 1916



Soldados austriacos disparando contra un aeroplano ruso

CRONICA INTERNACIONAL

I. El bloqueo marítimo de los Imperios centrales.—II. Consecuencias prácticas de la ley del servicio obligatorio.—III. Los japoneses en Oriente.—IV. Montenegro.—V. Un aspecto del bloqueo

I.—El bloqueo marítimo de los Imperios centrales

El Gabinete británico ha decidido estrechar el bloqueo de los Imperios centrales, saltando por encima de todas las consideraciones que hasta aquí le movían a guardar una actitud más respetuosa, por lo menos en la forma, con el convencionalismo que se llama «derecho internacional».

Apenas anunciadas las nuevas medidas, protestan los Estados Unidos, se rebelan airadamente los países escandinavos, Dinamarca recuerda que jamás ha reconocido la legalidad del bloqueo y que lo tolera porque no puede evitarlo, Holanda se irrita, y los demás neutrales se conmueven y apenas disimulan su disgusto. Porque el tal bloqueo parece que no se dirige tanto a perjudicar a los alemanes y austro-húngaros como a perturbar y molestar a los neutrales. La navegación regular está profundamente entorpecida por las visitas, detenciones y conducciones a determinados puertos de los barcos mercantes, aunque éstos salgan de un país neutral y se dirijan a

otro país neutral no lindante con Austria y Alemania; los registros y las investigaciones en alta mar están a la orden del día; de todo ello, así como de las elevadas pérdidas de la flota mercante de los aliados, se ha originado un enorme aumento en el coste de los fletes, que ha venido a hacer más sensible la escasez de muchas primeras materias. Con estos procedimientos, no ha logrado Inglaterra evitar la importación en Alemania de géneros extranjeros, y ahora se propone conseguirlo, precisamente cuando los Imperios centrales tienen abiertas las puertas de Rumanía, los Balkanes y Asia, y conservan el libre tráfico con Holanda, Dinamarca, Noruega y Suecia. Luego, para que el bloqueo—en la parte que lo pueden sostener los ingleses—sea más riguroso, será necesario apretar a dichas naciones y, por de contado, a la desdichada Grecia. Se pretende, nada menos, aunque se guardan las buenas formas, que regular el número de toneladas de cada mercancía que podrán recibir del extranjero aquellas naciones, o sea intervenir en el consumo interior y hacer que la vida y las industrias de holandeses, daneses, etc., estén suje-

tas a la voluntad de la omnipotente Albión. A eso se le llama «la libertad de los mares» y a tan elevada empresa dedica Inglaterra sus innumerables escuadras de guerra y auxiliares.

¿Será posible que ninguna persona de mediano sentido crea que por estos caminos se vencerá a la coalición germánica? Algunos ilusos o desconocedores de la realidad pudieron creerlo en los primeros meses, pero ahora nadie lo espera, ni siquiera aquellos que, ahuecando la voz y poniendo fosco el semblante, para disimular su miedo, lo proclaman con énfasis. Si Inglaterra reflexionara un poco en lo que acontecerá cuando se firme la paz, no apelaría a estos procedimientos, porque si su prestigio no ha quedado a envidiable altura en los campos de batalla, tampoco brilla en los demás. Lleve Britania su empuje militar contra los austro-alemanes y deje en paz a los neutrales; pero no atreverse con los primeros y molestar a los segundos, no redundá precisamente en su honor. ¿No le importa ya el concepto de los demás pueblos? No es posible creerlo, y lo más piadoso es suponer que sus continuos fracasos le han ofuscado el entendimiento.

Ni Alemania ni Austria se han dolido del bloqueo, lo han tomado con resignación y acomodan su régimen interior a los medios de que disponen. Se prepararon con previsión para conllevar las privaciones, y ni siquiera renuncian a ellas después de rota la muralla de los Balkanes. Los aliados, en cambio, que nadaban al principio en la abundancia, han concluido por encontrarse en un caso parecido al de sus enemigos, y el sacrificio, acompañado por la poca fortuna militar, les viene más cuesta arriba. Pero allá ellos, imperiales y aliados; los neutrales no tenían por qué preocuparse de esas cuestiones, y el bloqueo inglés les pone, en cierto modo, en las condiciones de los beligerantes. ¿Es que en el mundo no hay más que Inglaterra? ¡Cuán caro pagará ésta su error!

Desde Suecia a la América del Sur, aprenden las naciones por la experiencia que la superioridad naval inglesa es un peligro general, del que nadie está excluido. Los prodigiosos ejércitos del Kaiser no han molestado a ningún neutral que quisiera permanecer alejado de la lucha. ¿Podría decir lo mismo la marina inglesa? Se concita, pues, el Gabinete de Londres la animadversión de no escasos pueblos, sin excluir los Estados Unidos, a quienes tantos centenares de millones ha entregado. Esos daños económicos son de los que no se olvidan fácilmente y los que inspiran casi siempre la política internacional; después de la guerra, el dinero, que ha aprendido a conocer dónde está su enemigo, no se mostrará muy afecto a los britanos, si es que antes no aumenta el número de aliados de Alemania, por la irritación que a griegos, daneses y suecos está causando la conducta de Londres. ¿Qué se propone, realmente, Inglaterra? ¿Dañar el comercio del mundo, incluso el de sus aliados, para que sólo prospere el propio? ¿Quiere echar los fundamentos de un bloqueo continental, como aquel que soñó el gran Napoleón? ¿Cree sinceramente que con sus barcos alcanzará la victoria militar? Bien puede asegurarse que con esos procedimientos ni llevará un fusil más a sus filas, ni aumentará el número de sus amigos.

II.—Consecuencias prácticas de la ley del servicio obligatorio

Aquellos 650.000 hombres que iban a ingresar en el ejército británico en virtud de la ley del servicio obligatorio, se redujeron en los primeros debates a 300.000; vino enseguida la aceptación de algunas enmiendas, que se hicieron extensivas a los voluntarios del sistema de Lord Derby, se multiplicaron los motivos de exención, y al cabo ha resultado que no sólo esa ley no acrece los contingentes militares, sino que rebaja el total de voluntarios de Derby, de modo que en vez de 1.200.000 hombres voluntarios y 651.000 de conscripción, el total por los dos conceptos no llegará a un millón. Es un final asombroso, que muy pocos esperaban, seguramente.

Y no es esto todo. Suponiendo que la ley se promulgue el 1.º de febrero, no entrará en vigor hasta el 15 del mismo mes, y veintidós días después, el 7 de marzo, se avisará a cada uno de los alistados—incluyendo a los voluntarios de Derby—que se presente un mes después: el 7 de abril. Se incorporarán entonces los reclutas, se les vestirá y destinará a cuerpo, y comenzará su instrucción. Dicen los mismos ingleses que hasta primeros de octubre, lo más pronto, el nuevo ejército no estará en disposición de ser enviado a campaña, lo cual significa, en términos vulgares, que el esfuerzo militar inglés no se pondrá de manifiesto hasta la campaña de 1917. Volvemos a preguntar: ¿Cree de verdad Inglaterra que las operaciones van a continuar todavía un año y medio más? Démoslo por supuesto; lo problemático es que para octubre tenga Inglaterra el número de oficiales y cañones y fusiles necesario. Lo más probable es que el famoso ejército quede en non-nato, porque de aquí a octubre o noviembre todos sus efectivos habrán tenido que irse fundiendo en los cuerpos actuales, para reponer bajas por acción de guerra y enfermedad.

Es un verdadero parto de los montes. En esas puerilidades se entretiene Inglaterra, mientras sus adversarios, sin romper el silencio, laboran con eficacia hace más de año y medio. Sin embargo, así como no sólo de pan vive el hombre, no sólo de hechos se pagan los aliados de la Gran Bretaña, esas puerilidades les satisfacen, o al menos así lo dicen, y puesto que los sofismas y sutilidades retóricas pesan tanto en ellos, continúe en mal hora desangrándose y arruinándose la humanidad.

III.—Los japoneses en Oriente

En todos los tiempos, ocuparse en política internacional ha equivalido a ocuparse en Inglaterra, y ahora más todavía. Los demás beligerantes, muy castigados por la guerra, no tienen tiempo ni humor para esas habilidades, y los austro alemanes, en particular, han reducido su diplomacia a un corolario de la acción de las armas. Inglaterra, país eminentemente tradicionalista, sigue aferrado a sus hábitos, y y todavía se entrega al hoy inocente e inofensivo juego de la diplomacia. Esta vez le ha tocado recibir una estocada, un alfilerazo, mejor dicho, de sus buenos amigos de Oriente.

El Consejo Municipal de la Colonia de Shanghai se compone de nueve miembros, de los cuales, por

tradición constantemente respetada, eran siete ingleses, uno americano y uno alemán. En la elección que tuvo lugar en enero de 1915, se convino en excluir al miembro alemán, y los ingleses propusieron que en su lugar se eligiera al japonés Tschū, pero fué derrotado, y triunfó por gran mayoría un ruso. En enero pasado ha tenido que procederse a la elección de presidente del Consejo Municipal, para el cual cargo proponían los ingleses a su compatriota mister Pearce; ¡cálculase su sorpresa cuando del escrutinio salió elegido como presidente el japonés barón Yoschivo Fujimura! Hay que advertir que la población japonesa en Shanghai ha aumentado de 1910 a 1915, desde 3.361 a 7.169 individuos.

Los periódicos de Londres no comentan el hecho y obran bien, porque no necesita comentarios; el más elocuente es que la noticia la dan en las últimas páginas, donde sólo se inserta lo que no ofrece interés. No deben deducirse consecuencias, porque no las tendrá, ni las merece, pero como síntoma no es despreciable.

IV.—Montenegro

A toda clase de infundios y patrañas nos tenía acostumbrados la prensa aliada; pero el desenfado con que ha procedido en el asunto de Montenegro supera a todo lo imaginable. Que Montenegro había roto las negociaciones para la paz; que la suspensión de hostilidades no fué más que un pretexto para que pudiera retirarse el ejército montenegrino; que el rey Nicolás estaba al habla con Viena desde tantos o cuantos meses atrás; que el pobre Monarca era un traidor... Los austriacos no se tomaron la molestia de desmentir esas paparruchas; dieron la noticia de la capitulación, guardaron silencio después, y los hechos han confirmado, como siempre, sus palabras y han dejado malparados a sus contradictores. ¿Es concebible que los aliados crean ganar la guerra con esas habilidades (?) de su prensa? Lo lamentable es que para salir del atolladero traten de señalar al rey Nicolás con el estigma de la traición.

¿Qué más ha podido hacer Montenegro? ¿Qué mano amiga se le ha tendido? Hace muchos meses, al comienzo de la guerra, cediendo a súplicas insistentes del Gobierno montenegrino, los franceses enviaron unos cuantos cañones para su instalación en el monte Lovcen; pero cuando rompieron el fuego contra los barcos austriacos de Cattaro, se enteraron las gentes con asombro de que aquellos cañones eran antiguos y sólo servían para delatar su posición por la humareda de la pólvora negra que empleaban. Después de esto, nada más han hecho los poderosos países de la Cuádruple en favor del minúsculo reino, aparte de algunos socorros en metálico.

¿Qué se pretendía? Que los soldados montenegrinos dejaran que el enemigo sometiera su país al duro y riguroso trato del vencido y emigrasen a otras tierras para, como los serbios, ser equipados y armados de nuevo y llevados otra vez a la lucha en Salónica, tal vez en Egipto, acaso en Mesopotamia o en Francia.. ¿Ha hecho algo de esto Italia, ni Rusia, ni Francia, ni Inglaterra? ¿Se ha sacrificado ninguna de ellas por las demás? Ciego será quien no vea que los aún poderosos tratan a los demás como siervos, como humildes servidores, a quienes no reconocen

otro derecho que el de matarse por sus protectores. Realmente, es demasiado; abusaron de Bélgica y Serbia; si Montenegro hubiera obrado lo mismo, no es locura el nombre que cuadrara a su pecado, sino delito de lesa patria.

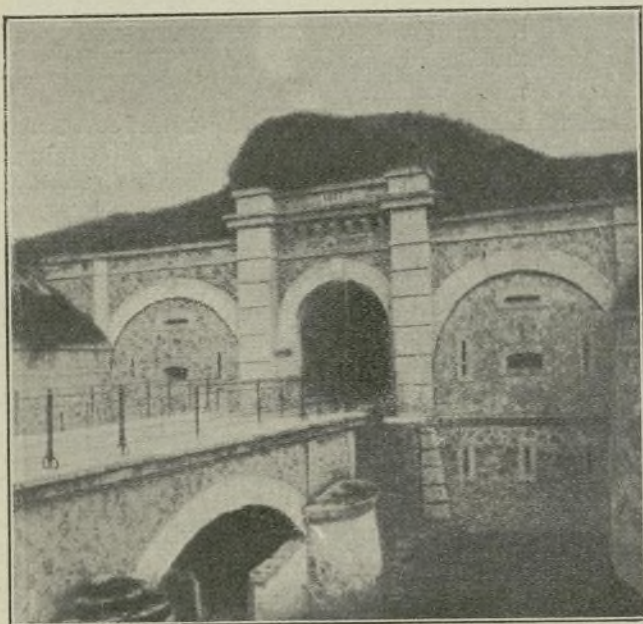
¿A qué insistir en lo evidente? Emplacemos a la Cuádruple para cuando alguno de sus componentes se encuentre en el caso de Montenegro; si entonces se resigna a presenciar cómo se reduce a pavesas su país, y los restos de sus tropas se trasladan a tierras extrañas, dispuestas a seguir luchando, les reconoceremos que les asiste la razón en sus censuras a los montenegrinos; pero no ocurrirá semejante cosa, porque si el enemigo aprieta faltará tiempo para evitar el desastre final. ¡Cuán acomodaticia es la moral de estos tales! A los débiles se les aplica una medida y a ellos otra. Y aún hay ilusos que dan valor a cuatro frases hechas y que no quieren saber del mundo más que lo que les cuentan cuatro periódicos. Sólo así es posible la desorientación de los neutrales, cuya acción moral, si se hubieran puesto de acuerdo, haría mucho tiempo que hubiera terminado la guerra. ¡El hombre se sigue creyendo rey de la creación...!

V.—Un aspecto del bloqueo

Los suecos amenazan, los holandeses se lamentan y los norteamericanos esgrimen sus notas diplomáticas con miras a obtener ventajas tras ventajas, no sólo las económicas directas, sino las más importantes de la debilitación de los beligerantes. Si todos se desangran, el pigmeo se trocará en coloso, sin haber hecho ningún sacrificio por su parte. Lo que resulte de todo ello no provendrá de semejantes discursos y despachos, sino de lo que hagan los ejércitos en los campos de batalla; pero no es ocioso notar que mister Grev, en sus discursos, muy hábiles, ha dejado una puerta abierta para tener salida si la política internacional se complica. Es muy posible que el tan ponderado bloqueo sea otro bluff como el del servicio obligatorio, a propósito del cual es curioso saber que Lord Derby se lamentaba, antes de que concluyeran los debates en el Parlamento, de que sólo por la admisión de las primeras enmiendas se habían rebajado sus contingentes en más de cien mil hombres. Ello dirá.

Se comprende que Inglaterra, que no pierde nada y corre la probabilidad de ganar algo, sea entusiasta partidaria del bloqueo. Encaja perfectamente en sus hábitos, poco militares y no muy dados a la gloria, pero aficionados a los beneficios materiales e inclinados a cuanto reporte beneficios sin exponer nada. Lo que ya no es tan comprensible es que Francia y Rusia se adhieran a los acuerdos que tome Londres. Sin necesidad de concertarlos, están estrujando a la desdichada Grecia, como premio a la neutralidad y en señal del respeto a los pueblos débiles. Los nuevos métodos, si se implantan, es de esperar que sean para las dos naciones un arma de dos filos, porque los alemanes, que son los que están encima, contestarán a cada argumento con otro de la misma índole; repetidamente lo han practicado antes de ahora, y el procedimiento no ha fallado en ninguna ocasión, puesto que la experiencia lo abona ¿por qué renunciar a él?

¿De qué se trata en suma? ¿De qué perezcan de hambre y consunción los habitantes pacíficos de Alemania. No se puede vencer al ejército, y se quiere derrotar a las mujeres, niños y ancianos, efectuar matanza en grande escala. ¿Cuál será el más elemental deber de los alemanes? Reservar las primeras materias para sus conciudadanos, obrar de modo que



Puerta del fuerte Brimont, en Reims

las privaciones recaigan preferentemente en sus enemigos. Tres millones y medio de rusos, franceses, italianos e ingleses están prisioneros en los Imperios centrales, y ellos serán las primeras víctimas. Quedarán todavía seis millones de belgas, dos millones de franceses y doce millones de rusos, habitantes de los territorios conquistados, sobre quienes hacer recaer fuertemente la penuria. No han tratado los rusos con demasiada consideración a sus compatriotas de Polonia, Curlandia, etc., a juzgar por las espantosas escenas de la evacuación, por lo que tampoco se conmoverán porque otro azote aflija a esos desgraciados. En cambio, cuesta trabajo creer que Francia condene al suplicio del hambre a dos millones de sus hijos y a seis millones de belgas, porque es indudable que antes de que ningún alemán conozca los tormentos de la falta de alimentos, todos esos seres de nacionalidad enemiga los padecerán sin culpa ninguna. ¿Se detendrán los Gobiernos aliados, pensando en los horrores de ese cuadro?

El sentido moral parece haber desertado de Europa; se han endurecido los corazones, se ha extinguido la piedad, los hombres semejan fieras, la muerte y todas las desdichas están en el orden del día. ¿Cuántas nuevas acciones espantables tendremos aún que presenciar?

F. LARIN.

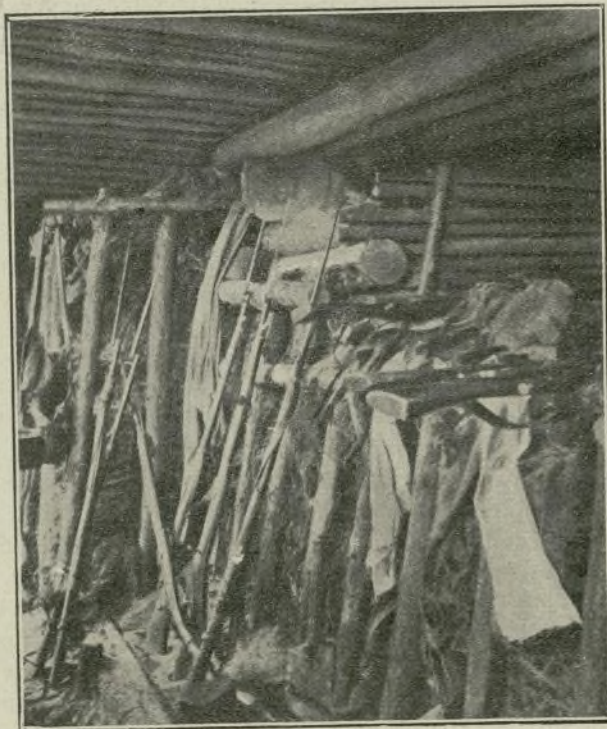
UN NOVISIMO MÉTODO DE GUERRA

Han transcurrido dos meses desde la última campaña austro-alemana, y este respiro de que disfruta el bando adversario ha dado ocasión a que se bara-

jen de nuevo los elementos en que son más fuertes las naciones de la Cuádruple, para llegar a la inevitable y acostumbrada conclusión de que la derrota de los imperiales es segura. Como si desde agosto de 1914 a hoy los hechos, salvo en la invasión de Serbia, no hubiesen demostrado constantemente lo contrario; el número de hombres y la cantidad de material de guerra son los únicos factores de que se hace depender la victoria. De no estar reñida la memoria con las ilusiones no hubiese aparecido aquella teoría, porque en todos los frentes ha sido vencido el bando de más fuerza material. Es extraño, además, que críticos que poseen profundos conocimientos históricos, se aferren a ideas que nada tienen de reales. Es ocioso insistir sobre un punto que ha sido muy debatido en estas páginas.

Cuando tan sencillo es encontrar explicación satisfactoria a los hechos pasados, buscándola en la unidad y capacidad del mando, instrucción y espíritu de las tropas, y preparación de todos los servicios, el deseo de no reconocer los propios defectos o deficiencias—como se los quiera llamar—ha hecho incurrir a un crítico reputado en el atrevimiento de negar la eficacia y aun la posibilidad de la maniobra y sostener que la guerra es un choque de medios materiales, sin apenas intervención del entendimiento y de la voluntad. Con este sistema de razonamientos se llevan la obscuridad y el error al ánimo del público y de los directores y se esconde la verdad, que, mientras no sea bien conocida y apreciada por todos, no prevalecerá ni podrá inspirar métodos más saludables.

El coronel inglés Repington es, acaso, entre todos los críticos militares del mundo, quien dispone de más base para formular sus juicios: conoce al de-



Interior de una trinchera abandonada por los rusos en Lomza

talle las organizaciones de todos los ejércitos y sus modificaciones, que desde el tiempo de paz lleva al día; ha estudiado muy bien las más famosas campañas; goza de una información militar y cartográfica

espléndida. Posee, en suma, cuantos elementos son necesarios para las labores de gabinete de un buen Estado Mayor. Sin embargo, sus equivocaciones durante la guerra ruso-japonesa fueron muy sonadas, y en la presente ninguno de sus vaticinios se ha realizado, por lo que tal vez, hace ya algunos meses, se abstiene de formularlos. ¿Cómo, disponiendo Repington de tan completa base, brilla tan poco su sagacidad? Su talento ha quedado muchas veces demostrado; sobre todo al juzgar hechos pasados y al referirse a tropas que ni combaten al lado de las británicas ni frente a ellas. Adolece aquel escritor, en otros conceptos ilustre y sabio, del defecto de ver las cosas bajo el prisma inglés, que cree el mejor del mundo, y de desconocer lo bueno que hay en las instituciones militares alemanas; parcialidad que no es de hoy, sino que data de sus primeros escritos, hace ya muchos años, y en la que más se obstina cuantos más desengaños sufre. Hoy, los

romper el frente ni de maniobrar—lo que expondría a serios peligros—se pondría fuera de combate al ejército alemán.

Apena, en verdad, que persona tan inteligente escriba semejantes candideces. Para ejecutar en todo el frente una tentativa análoga a las últimas de Flandes, Artois y Champaña, serían menester no menos de diez o doce millones de hombres y casi medio millón de piezas de todos los calibres. ¿De dónde van a sacar esas fuerzas fantásticas ni los aliados ni los alemanes? Aunque las tuviesen a mano, la igual densidad de ocupación en todo el frente ¿no permitiría al enemigo, fuese quien fuese, concentrar sus masas en uno o varios puntos y conseguir un desequilibrio del cual reportara la victoria? ¿Se cree con sinceridad en la eficacia de la aplicación de un método de guerra que ni siquiera dió resultados en los albores de la humanidad, y puede nadie razonablemente sostener que ni el arte de la guerra, ni los



Lo que quedó de Brest-Litovski (ciudad de 50.000 habitantes) después de ser incendiada por los rusos

más de los críticos militares franceses, algunos verdaderamente eminentes, figuran en la escuela de Repington, y entre todos han contribuido al presente estado de desorientación y confusión.

En una de sus últimas *Crónicas* sostiene Repington que la decisión de la guerra se encuentra en el frente occidental, que allí no es posible la ruptura del frente de ninguno de los dos adversarios, que es inaplicable la maniobra, y que el único medio de derrotar a los alemanes—más débiles en tropas y elementos—consiste en una ofensiva simultánea y general en todo el frente, precedido por un violento cañoneo análogo al de Flandes y Champaña en septiembre pasado. El fuego de artillería desbarataría las primeras líneas enemigas, rompería sus comunicaciones con las reservas, las aislaría, y luego la infantería se apoderaría de los cañones que hubiera en ellas. Repitiendo metódicamente estos ataques, se arrebataría poco a poco el material al adversario, se le causarían bajas espantosas, y sin necesidad de

generales, ni la organización militar sirvan para nada?

La tesis de Repington no tiene más mérito que el de ser lógica, el de estar en armonía con lo que franceses e ingleses sostienen hace año y medio. Puesto que la guerra ha de resolverse con hombres y cañones, y nada más que con hombres y cañones, debe de bastar el distribuirlos por igual en todo el frente hasta alcanzar los efectivos bastantes, que, si se reparten así, jamás podrán obtenerse, porque resultarán numerosos y fabulosos.

Pero el coronel Repington, que está muy en su puesto, como buen inglés, al recomendar se dé carácter práctico a la panacea ideológica que priva en Inglaterra y Francia, no debe fiar mucho en lo que propone, porque a renglón seguido añade que en el ejército británico hay demasiados generales de caballería y que convendría que los generales procedieran de infantería y artillería, en primer término, y de ingenieros, en segundo. ¿A qué preocuparse de

los generales si todo se reduce a poner en línea 500,000 piezas y doce millones de hombres, y el ataque es una operación mecánica?

Repington sale al encuentro de los que acaso rechazarán su plan por las costosas pérdidas que hubo en las batallas de la Champaña y Flandes, diciendo que entonces se avanzó demasiado, y que hubiera sido conveniente no pasar de la primera línea conquistada, para recomenzar desde ella un nuevo empuje como el preconizado. Parece inútil discutir este otro aspecto de la cuestión, pero es indudable que si se preguntara a los cuarteles generales, el único que acogería con fruición la implantación por parte de los aliados del novísimo método de guerra, sería el alemán.

S. E.

AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

(De nuestro corresponsal)

XII

La prehistoria de la ruptura del frente ruso en el Dunajec. — Von Conrad Hötzendorf. — La Bowle

Mientras sale el tren, aprovechamos el tiempo en observar los trenes militares y cerciorarnos en la práctica de su servicio. No hay que decir que en la práctica varía un poco de las indicaciones contenidas en los manuales para oficiales, tan abundantes en número como imprecisos en sus datos.

Primero vemos que cada coche mide de ocho a nueve metros de longitud y lleva dos ejes. La manera normal de medir en esta materia supone como unidad el eje. En un coche pueden ir 24 oficiales o 40 soldados; en cambio, nada más que seis caballos con dos caballerizos o bien dos carros pequeños de tiro. Otros vagones más grandes pueden llevar 48 hombres u ocho caballos.

Según las prescripciones, un tren no puede llevar más de 50 vagones. De ahí que un batallón ocupe un tren de ferrocarril con sus mil hombres, los oficiales respectivos, sus 48 caballos, carros de bagaje, etc. Un regimiento necesita tres trenes, una brigada seis. En la práctica aumentan un tanto estos números, dado que con frecuencia hay que transportar a la vez empleados, heridos, etc. Además, hay que tener en consideración desperdicios de espacio imprevisibles. Un oficial tiene que estar siempre listo a estas eventualidades y la dirección de ferrocarriles con mayor razón, para evitar toda pérdida de tiempo y desmembración de las unidades militares. A las ocho y media p. m., al fin, parte de nuevo nuestro tren. La claridad del cielo nos permite ver desaparecer a la derecha los últimos restos de Sambor...

En mi coupé se han venido a reunir los compañeros. La conversación se anima con rapidez, fijándose poco a poco sobre el punto que más da que decir en estos tiempos: sobre la ruptura del frente ruso en el Dunajec o, más bien, sobre los preliminares de la acción, que empiezan a ser del dominio público; pero que por un extraño fenómeno no pasan las fronteras del Imperio austro-húngaro. En este

concepto, nos parece interesante apuntar aquí en pocas líneas cómo se preparó esta ofensiva inteligente que dió por resultado la persecución sin igual de todo el ejército ruso por austriacos y alemanes, y fué coronada por la reconquista de Lemberg.

El general Frans, barón von Conrad Hötzendorf, el reorganizador del ejército austro-húngaro, el constructor de las barreras de fortificación que en los Alpes hacen estrellarse día a día los ataques rabiosos de los italianos impotentes, el jefe del Estado Mayor General, de energía inquebrantable y de estudios profundos, él es en cuya cabeza nació el plan.

Con el orden y reserva que conserva en todos sus actos, púsolo en conocimiento del archiduque Federico que a su vez lo hizo conocer al Emperador alemán, quien no pudo menos de expresarle su más completa aprobación. Pero esto no era todo. Von Hötzendorf no contaba con las tropas disponibles suficientes para llevarlo a cabo, estando sus ejércitos ocupados en las crestas de los Cárpatos en detener las ofensivas rusas en Bukovina y en Galizia. Sus facultades de diplomático, que antes le otorgaron los medios de cumplir sus planes en tiempos de paz, no podían fallarle en el momento oportuno. El Kaiser reconoció los sacrificios sin par del ejército austro-húngaro por impedir una invasión en Alemania, distrayendo la mayor parte de las fuerzas rusas para atraerlas sobre el frente en Polonia y Galizia. El Kaiser reconoció ese sacrificio que no da ventajas ni laureles de triunfo; pero que es el resultado de una concepción real y serena de los deberes de un aliado. Así determinó ayudar a la realización del plan que libertara la Galizia y quizás la Hungría amenazada, y ofreció a von Conrad tres cuerpos de ejército y uno de sus mejores jefes de ejército: el mariscal von Mackensen.

El plan consistía en atacar de frente la línea rusa en el sector del Dunajec y del Biala con fuerzas suficientes para romperla, mientras los rusos, empeñados con todas sus fuerzas en la ofensiva de los Cárpatos se verían imposibilitados a enviar a aquella región tropas móviles en tiempo oportuno. Verificada la ruptura del frente enemigo quedaban al descubierto sus espaldas en los Cárpatos o se vería en el caso de emprender una retirada costosa.

La idea era tan sencilla como difícil. Habría que requerir de las tropas un despliegue de energías sobrehumano. Von Conrad y Falkenhayn confiaban en su gente y con razón.

La parte más ruda de la tarea consistía en la preparación de la maniobra. Una reserva absoluta era necesaria. Muy pocas personas fueron iniciadas en el secreto, las indispensables.

El enemigo permaneció ignorante hasta el último momento, a pesar de sus medios magníficos de información. El hecho de que el frente en esta parte había permanecido largo tiempo inmóvil, ayudó al conocimiento de la región. Los aviadores desplegaron una actividad que no puede ser demasiado loada. Las numerosas fotografías de la línea y de la retaguardia enemigas fueron tantas y tan buenas, que se pudo llevar a efecto una multiplicación cartográfica casi perfecta. Para no citar sino una de las fuentes de información.

El mariscal von Mackensen presentóse en el Cuartel general del archiduque generalísimo y oyó

de los labios mismos del jefe de Estado Mayor la mejor explicación del gran proyecto. Enterado de los pormenores y dispuesto con el mayor entusiasmo a ser su ejecutor, despidióse del Cuartel general para ir a alcanzar sus tropas mixtas austro alemanas, no sin haber oído antes las seguridades de von Conrad: «Gelidgt der Plan, so trinken wir eine bowle zusammen» (1). (Boule es una preparación refrescante de Champagne, de gran consumo en estos países durante los calores del verano).

La última semana fué de una actividad nerviosa indescriptible. Los caminos de la región de Tarnov viéronse día y noche apisonados por las marchas de columnas austro-húngaras y alemanas, y escucharon el canto incesante de estos últimos de canciones patrióticas al compás de su paso. Los servicios aéreos y terrestres de observación fueron redoblados. El espíritu de los soldados fué mantenido en las mejores condiciones por todos los medios. La artillería, las grandes piezas Skoda, de 42 como las de 30.5 cms., fueron transportadas a sus destinos sin despertar la menor desconfianza en el enemigo. Aunque para ello fué preciso arreglar muchos puentes, reformar muchas calzadas y hasta construir, a veces, nuevos caminos.

Todo estaba listo: la batalla podía empezar.

Von Conrad partió de Cracovia en un tren especial en compañía de su Estado Mayor, para recorrer el frente del Dunajec y el Biala. Desde su gabinete dirigía la batalla. El aspecto conocido de un gabinete de jefe de Estado Mayor: cartas, planos, fotografías, notas... El tren llevaba un coche comedor. Más parecía una oficina de telégrafos. Sobre todas las mesas, aparatos telegráficos y telefónicos. Las paredes eran una red de hilos y de alambres. En cada estación de parada, se unían las comunicaciones a las de la estación. Desde aquel coche comedor privilegiado se comunicaba con Viena, con Berlín, con los Estados Mayores de cada cuerpo de ejército en el frente.

Su radio de acción perfecta pasaba de 4.100 kilómetros de longitud. Si se hubiera querido, se habría podido hablar desde allí a Colonia.

Cada cuarto de hora se transmitía al jefe del Estado Mayor general y al archiduque noticias sobre los diferentes aspectos de la lucha. Dados los resultados, sería de esperarse que el estado de ánimo en los cuarteles generales hubiera sido ruidoso y alegre, desordenado, desbordante. Y, sin embargo, cada vez que una nota conteniendo una noticia acariciadora, era extendida a Conrad, no más que una sonrisa invisible contraía sus facciones; la tensión de sus nervios, dirigidos todos hacia la carta de la mesa, le devolvía en breve la recia inmutabilidad de su cara de bronce.

Von Conrad Hötzen Dorf y von Mackensen se habían ganado más que un bowle; pero no era razón para despreciar éste. De buena fuente sé que Guillermo II, el emperador, entusiasmado por el feliz desarrollo del plan de von Conrad y conocedor de lo ocurrido entre ambos jefes, se encontró en la cita de los victoriosos y bebió con ellos el refresco espumoso.

Tal es la verdad de los hechos acaecidos antes, durante y después del rompimiento del frente ruso

en el sector del Dunajec y del Biala por las tropas unidas austro-húngaras y alemanas, en tanto tienen relación con su significación estratégica.

J. C. GUERRERO

Estío de 1915.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

¿Somos tontos?

—¿Cómo va por Salónica, señor A, se come bien?

(El señor A).—Mejor que los alemanes, diariamente llegan barcos abarrotados de provisiones.

—Para que enfermen de ictericia los griegos, a quienes han puesto ustedes a media ración. ¡Amigo, vaya un *modus vivendi* que han encontrado ustedes en Salónica! ¡Allí sí que se puede presumir de guerrero y de atrevido!

(El señor A).—Es para quitar moños a los imperiales. ¿No se comían los niños crudos? Pues que vayan a Salónica a probar fortuna y verán lo que es bueno.

—Si hubiera V. dicho que fueran «por uvas» tal vez hubiesen caído en la tentación, pero ¡a probar fortuna! Eso queda para los hombres de negocios.

(El señor A).—No valen palabras. Salónica ha sido la tumba del prestigio militar de los alemanes. ¡Al miedo llaman prudencia, don Subriol!

—Y Austerlitz a la Champaña, y estrategia a lo que V. sabe. Y de cónsules ¿cómo andamos, señor A? ¿Se han cazado muchos?

(El señor A).—Los que estorbaban. Suprimiéndolos, hemos conseguido devolver la tranquilidad a Grecia y librarla de las asechanzas alemanas.

—Da gusto leer la prensa de París: «Nuestros éxitos en Oriente: dos cónsules prisioneros». ¡Mire usted que representar a estas alturas «El registro de la policía»! ¡Tienen ustedes una imaginación volcánica, y unos yelmos del mismo metal que las piernas de los dioses del señor B! ¡No hay medio de quebrarlas!

(El señor B).—Alemania, dice el *Morning Post*, ha ampliado su periferia y sus frentes han aumentado.

—¡Gran Dios, qué descubrimiento! No diga usted más: Alemania está perdida; no ha sabido resolver el problema de ampliar su periferia y disminuir sus frentes. ¿De qué cabeza habrá salido ese pensamiento?

(El señor B).—La marcha de los aliados, lenta, gradual y constante, apunta al centro, mientras que los éxitos alemanes son periféricos.

—¿La periferia otra vez? De modo que ¿los aliados avanzan lenta, gradual y constantemente? ¿Hacia dónde? Que yo sepa, sólo avanzan hacia el sepulcro... *Pulvis eris et...*

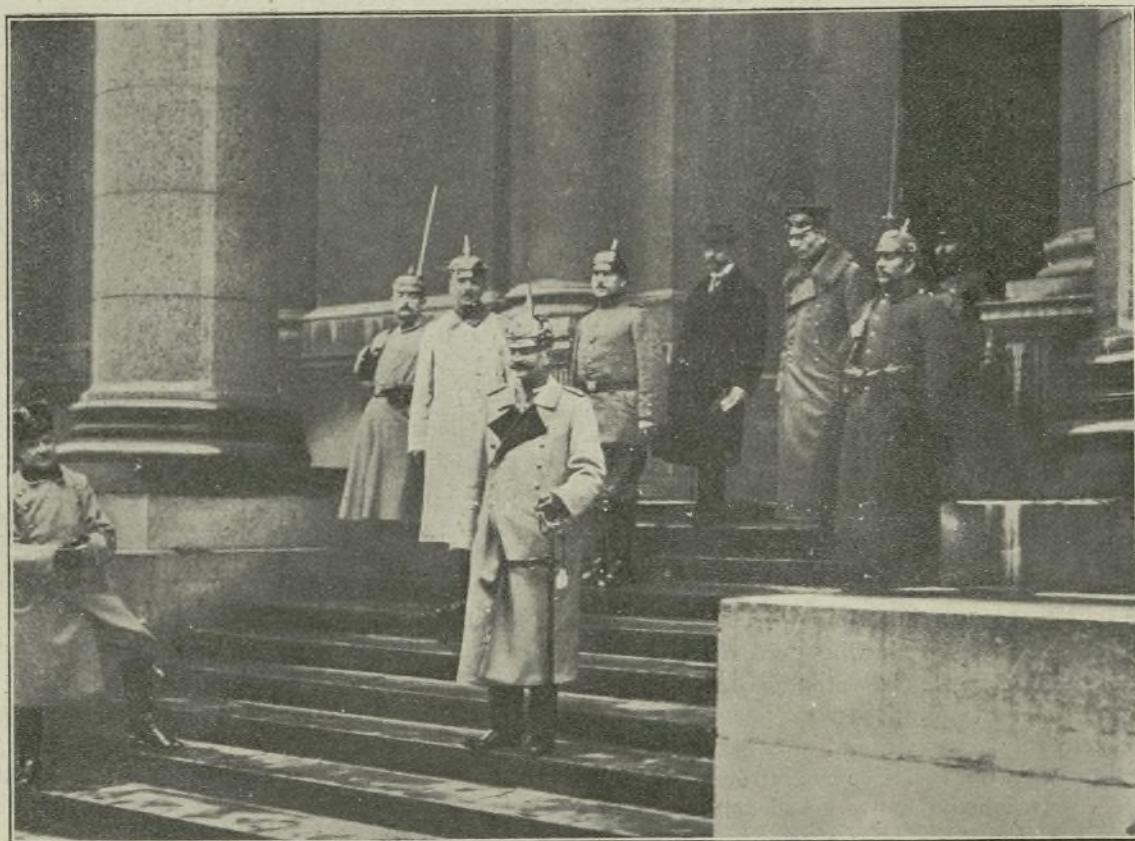
(El señor B).—Los aliados tienen la supremacía de los mares, y los mares tienen más extensión que las tierras.

—¡Me ha matado V., señor B! Ahora sí que reconozco el triunfo de los aliados. El mar para ellos; las tierras, más pequeñas, para los alemanes. ¿Qué harán en las tierras, los alemanes? ¡Fastidiarse! En

(1) Cuando el plan tenga éxito, beberemos juntos un bowle.



Artilleros franceses cargando un mortero en el bosque del Argona



El general von Bissing, gobernador de Bélgica, presenciando un desfile de tropas en Bruselas



Paris durante la noche: la Conserjería y el Sena; en el fondo, el Puente Nuevo



Vista de los diversos medios de transportes para los heridos, en la exposición de artículos para lazaretos y demás servicios sanitarios, la cual ha tenido lugar en el edificio del Reichstag, en Berlín.

cambio, los otros, en extensos y tempestuosos mares, quedarán... peces ¿no es verdad?

(El señor B).—Los aliados pueden ir a todas las partes del mundo...

—Menos a donde desearían ir: a Alemania, Austria, Serbia, Bulgaria, Turquía, y dentro de poco ni tampoco a Francia, Bélgica, Rusia e Italia. Yo creía que querían ir a Berlín y Buda Pesth y Constantinopla y Viena, pero por lo visto sus objetivos son la Patagonia, la Groenlandia, y los dos polos, el helado y el ardiente. La guerra, efectivamente, se presenta bien para los aliados. Tienen el dominio de los mares y desean irse al otro mundo. ¿Lo pueden evitar los alemanes? No, porque el viaje lo hacen guiados por *Pateta*.

(El señor A).—Apenas llegue la primavera...

—En la que ponen todas sus esperanzas los enfermos desahuciados...

(El señor A).—...nuestros nuevos ejércitos aco-rralarán al adversario, que no ha podido, en año y medio de guerra, aplastar a Francia...

—¿Y ustedes sí que le han aplastado a él? Cada cosa es del color del cristal con que se mira, y las gafas de ustedes están ahumadas.

(El señor A).—La gloriosa batalla del Marne...

—Dígame V., señor A., con la mano puesta sobre el corazón: ¿no se ruboriza V. cuando habla de la guerra y de lo que en ella han hecho ustedes?

(El señor A).—Me rebosa el orgullo y la satisfacción por todos los poros. Alemania se prometía derrotar a Francia en un mes, y ya ve V...

—¡Alto ahí, señor A! Ahora soy yo el hombre de de las matemáticas. Todo, ¿oye V. bien? todo el ejército francés, está en el frente occidental...

(El señor A).—Menos cien mil hombres en Salónica.

—Número compensado con los demócratas del Dahomey, los liberales del Senegal, los justicieros de Madagascar, los leguleyos o practicantes del derecho de Argelia y Marruecos, los justicieros de la Indo China...

(El señor A).—Bueno, y ¿qué?

—Ahí es nada lo del ojo. Todo el ejército francés, y a su lado un millón de ingleses y siete belgas, y enfrente menos de la mitad del ejército alemán, vi- viendo en plena Francia y llena Bélgica. ¿Cómo se atreven ustedes a hablar de la pasividad alemana y de que los negocios van a gusto de ustedes? Si no fuera por los yelmos ¡qué tupés veríamos!

(El señor A).—¿Dudará V. de la bravura de las tropas aliadas?

—¿Quién habla de bravura ni de tropas? Recuerdo de hechos, nada más que hechos, proclamados por ustedes mismos; si V. los coge por el lado que queman ¿qué culpa tengo yo? Suprima V. esos hechos con otros contrarios y no se quemará V.

(El señor A).—Si su intención no era mortificar-me...

—Jamás la he tenido; lo único que me propongo con estas conversaciones, lo he dicho mil veces, es volver por los fueros del sentido común, el menos literario de todos. Pero, sigamos: incontables millones de rusos avanzan estratégicamente—no se ofenderá V.—ante una parte del ejército alemán y otra parte del austriaco, que en junto—ustedes lo han declarado con todas las letras—suman menos

que la totalidad de uno cualquiera de los dos. Siendo esto innegable ¿no mueve a risa que de allí vengan voces anunciando que falta poco ya para *acabar* de derrotar a los austro-alemanes?

(El señor B).—¿Hemos sido vencidos en Salónica?

—¿Tanto lo desean ustedes? Tenga V. paciencia, que la barbería es grande y no hay más que cuatro rapabarbas; a todos los clientes llegará el turno. De Gallípoli salieron unos visitantes haciendo fú a la vista de los turcos. Un puñado de austriacos sirve de pareja a los italianos, bersaglieri y alpini inclusive, en la danza del Isonzo. Y a las barbas de los huéspedes de Albania y Grecia, cae Serbia, cae Montenegro, se estremece Persia, Ctesifón por aquí, Gran Duque por allá y el secreto del Lord sin aparecer.

(El señor A).—Estamos sólo a la mitad del camino. Austria y Alemania serán vencidas, totalmente aniquiladas.

—Aunque lo fueran, esto no les libraría a ustedes del ridículo en que se están poniendo. Si las tropas que se batan en las trincheras pudieran hablar, no tardarían en padecer de orgasmo los tenores que dan el do de pecho, y de reuma en la mano izquierda—que sin duda es la que utilizan para escribir—los prosistas y retóricos, obstinados unos y otros en poner en solfa a sus soldados; verdad es que así se libran ellos de la tormenta.

(El señor B).—¿V. cómo cree que se debería obrar?

—Cuanto se diga en elogio de las tropas y del espíritu del pueblo y de los recursos de la nación, en cada país beligerante, me parecerá de perlas, patriótico y loable. Pero de esto a tildar al adversario con los epítetos más calumniosos y malsonantes, imputándole lo más canallesco y diabólico; del reconocimiento de las buenas cualidades propias—que las hay en todas partes, sin duda alguna,—a la negación absoluta de las ajenas; de guardar silencio sobre las derrotas, a jactarse de ellas; y de deducir de las palizas recibidas el próximo vencimiento del enemigo, media un abismo más grande que el paso de Calais. Tenga V. por cierto que si los *intelectuales*, o sea los dejados de la mano de Dios, se expresaran a tono con la verdad y la marcha de la guerra, cosecharían para sus respectivos países una acendrada y sincera simpatía de los neutrales; mientras que ahora, se diría que sólo buscan la mofa y el desdén. Y es triste que el pecado de unos cuantos pueda recaer sobre todo el pueblo, que ni piensa ni siente como los que se proclaman intérpretes suyos.

(El señor A).—Está V. profundamente equivocado. ¿No hay, por ventura, muchísimos corresponsales que glosan y repiten los conceptos que brotan en los países beligerantes? ¡No será porque les ciega el patriotismo!

—No me nombre V. a los tales. ¡Menuda erupción maligna nos ha salido! Pero es curioso que mientras los corresponsales en unas naciones sólo se refieran a hechos, los otros nos coloquen, para describirnos la guerra y la *victoire*, las opiniones del literato X y del filósofo Y y del retórico Z y del pensador U. ¿Por qué no les habrán enviado a todos ellos a la guerra, y así los neutrales disfrutaríamos de paz?

(El señor B).—De modo que ¿V. no da crédito a las...?

—Pero, hombre de Dios ¿soy tan negado y ciego que ni comprenda ni vea las cosas? Si ahora es de día ¿cree V. que ni Barrés, ni Maurras, ni el *sursum corda* me convencerá de que es de noche? Si los aliados no pueden con su alma, ¿qué mamarrachada es esa de la rendición de los alemanes, y de hablar de la entrada en Berlín y en Viena, y de la periferia y de la luna?

(El señor A).—¿Por qué no escribe V. una serie de artículos refutando lo que V. censura, si tan convencido está V?

—No es menester; basta encararse con los modestos intelectuales y preguntarles: ¡Señores! ¿Ustedes creen que los españoles somos tontos, o qué?

SUBRIO ESCÁPULA

GRANADAS DE MANO

Ello fué en la guerra ruso-japonesa, durante el sitio de Port Arthur. Desde las tres de la tarde, la artillería japonesa sostenía un violento fuego contra las posiciones rusas. De pronto, a las cinco y media, callaron los cañones y rompió la marcha la columna de asalto, formada por el primer regimiento. Pero ¡cosa rara!, no adelantó formando líneas sutiles de guerrillas, como era de rigor, sino en una formación que hacía 100 años se había desterrado del campo de batalla y que los teóricos condenaban con todas sus fuerzas; iba en orden cerrado, con un frente de dos compañías, la tropa con la bayoneta armada y los oficiales con la espada desnuda, un paso al frente de sus unidades. Se esperaba que de un momento a otro la primera fila hiciera una descarga, pero el regimiento llegó delante de las posiciones rusas sin que la artillería enemiga diera señales de vida; cuando se vió a los japoneses, estaban ya éstos muy cerca de las trincheras, y los destacamentos de servicio tuvieron que rendir las armas. Entonces la infantería atacante emprendió un combate con las reservas rusas, que iban llegando, valiéndose de un arma, de invención antigua, de efectos en extremo peligrosos. Apenas una compañía japonesa hubo alcanzado la altura enemiga, los soldados empuñaron el fusil con la mano izquierda, y con la derecha arrojaron unos proyectiles que a primera vista parecían piedras, mas que al chocar en el suelo, luego de describir trayectorias luminosas, estallaban con estrépito, destrozando todo lo que había a su alrededor. La posición se trocó enseguida en un infierno ardiente, en el que parecía se agitaban los demonios. La escena apenas duró diez minutos. Todos los rusos fueron muertos o cayeron prisioneros o huyeron a todo correr hacia Port Arthur.

El favorable resultado de este ataque reveló el secreto de los japoneses. Los peritos descubrieron que se trataba de granadas de mano, formadas por tubos de hojalata rellenos de dinamita. Hacia 1427, durante el sitio de Casalmaggiore, junto al Po, se usaron por primera vez; eran frascos y recipientes llenos de pólvora negra; desde entonces se extendió su uso, y se crearon cuerpos de tropas escogidas, llamadas granaderos, para emplearlas, lanzándolas contra el enemigo. Las granadas de mano se utilizaron

durante los siglos XVI, XVII y XVIII, especialmente en la guerra de sitios. En el ataque a Viena por los turcos, en 1683, se arrojaron no menos de 805,000 granadas de mano, y en 1686, el ejército imperial, mandado por Carlos de Lorena, llegó a las manos con los turcos, empleó 84,000 proyectiles de esta clase. En la toma de Mons y Namur por Vauban, 1691-92, desempeñaron también un gran papel las granadas de mano. En el siglo XVIII, volvieron a emplearse en los sitios de Bergen-ab-Zoom (1747), Madrás (1759) y Maguncia (1793).

Al principio, se confeccionaban las granadas de mano con frascos y recipientes de madera o arcilla, que fueron sustituidos más tarde por esferas huecas de hierro de un peso aproximado de un kilogramo, después de cargadas. Para darles fuego se encendía previamente una mecha o un cebo. Como este sistema resultaba muy peligroso para los granaderos, porque éstos encendían a menudo la mecha con demasiada antelación, se buscó otro método de ignición más seguro. No obstante, los ensayos no dieron resultado, porque fallaba la mecha, y como no había medio de sustituirla y no se conseguía disminuir el peligro que corrían los granaderos, cayeron poco a poco en descrédito las granadas de mano, y se acabó por prescindir de ellas cuando las armas de fuego se perfeccionaron extraordinariamente.

Oficialmente, fueron suprimidas en Prusia en 1885, pero otros países no las habían admitido, como Francia y Rusia. De un modo efectivo, apenas se emplearon en las guerras de la última decena del siglo XVIII. En la guerra de sitios, se las encuentra otra vez en el siglo XIX, por ejemplo, durante el sitio de Sebastopol (1854-56). Volvieron a servir en las campañas coloniales, en 1884, año en el cual se sirvieron de ellas los ingleses en el Sudán. En las guerras de 1864, 1866, 1870-71, no se emplearon, y tampoco se sabe que se usaran en la de los boers. Por aquel tiempo se las había olvidado por completo, hasta el punto que cuando reaparecieron en la guerra ruso-japonesa, muchos creyeron que aquellos antiguos proyectiles eran de reciente invención. En 1904-05, se recurrió con frecuencia a ellas en los combates de posiciones fortificadas. Como era de esperar, no tardó en admitírselas en las operaciones en campo abierto, y constituyeron, para los dos partidos, el argumento supremo en los combates a corta distancia, porque tenían más efecto que el fusil, la bayoneta y la pistola. Estas enseñanzas indujeron a varios países, Alemania entre ellos, a adoptarlas. Que la medida fué oportuna lo ha demostrado la presente guerra, en la cual las granadas de mano, en especial en los combates de posiciones, ocupan preeminente lugar.

Las usadas en la guerra ruso-japonesa significaban un progreso importante con relación a las antiguas, en lo que atañe a la carga, que era dinamita, ácido pícrico, algodón pólvora o gelatina explosiva. En lo demás se asemejaban mucho a los modelos primitivos de la edad media, porque con frecuencia se hacían servir latas de conserva o una simple envuelta de cartulina. Villaret refiere que los japoneses las hacían de un prisma de ácido pícrico entre dos prismas de algodón pólvora, envuelto todo ello en papel, y sujeto el paquete con ligaduras de bramante a lo largo. Nörregaard, describiendo los com-

bates de Port-Arthur, dice que las granadas japonesas de mano se solían hacer con cajas de hojalata, llenas de dinamita, o bien con pedazos de bambú en los que se ponía de 500 a 1,500 gramos de explosivo. Los rusos se sirvieron al principio de viejas esferillas de metal o de cartuchos antiguos de la artillería de montaña. Más tarde, como estos materiales se agotaron, tuvieron que acudir a los botes de conservas y a los cartuchos de los shrapnels japoneses que no estallaban, que rellenaban de cartuchos explosivos y cerraban con tapones de madera.

Para dar fuego a la carga se empleaba un trozo de salchicha Bickford, que tardaba de 10 a 15 segundos en consumirse y prender el cebo. Los soldados rusos la encendían con el cigarrillo, que no separaban de sus labios durante el combate, y los japoneses con una mecha de cáñamo, de combustión lenta, que llevaban alrededor del cuerpo y encendían a mano al emprender el ataque. Sólo se utilizaban las granadas de mano como proyectiles de percusión, de un modo excepcional, cuando se agotaron los proyectiles de ocho centímetros de los cañones de desembarco de la marina rusa, muy aprovechados por los defensores de Port Arthur. Arrojaban el proyectil para que estallase al llegar al suelo, encendiendo la mecha 5 ó 6 segundos antes del lanzamiento, y procediendo a éste cuando oían el silbido de la mecha que ardía. El tener la granada en la mano tanto tiempo, resultaba peligroso y exigía una gran sangre fría en los granaderos. También la simple espoleta de tiempos exponía a serios riesgos, toda vez que si se cortaba corta podía estallar el proyectil en la mano del lanzador o sobre las cabezas de los hombres que tenía delante. En cambio, si la mecha era larga, no era fácil el manejo y, además, había la posibilidad de que el enemigo recogiera la granada del suelo y la arrojara a su vez. Estos peligros se atenuaron mediante una construcción más perfecta de la granada. Subsiste aún entonces la eventualidad de que un proyectil enemigo toque al granadero después de haber encendido éste la mecha, y la herida recibida impida cortar el fuego, ocurriendo entonces que no solamente él es víctima de la explosión, sino también los camaradas inmediatos a él.

La técnica moderna ha procurado remediar este inconveniente, y en tal sentido se han hecho grandes esfuerzos en los últimos diez años, habiéndose conseguido dotar a las granadas de mano de medios de inflamación tales que, por lo menos hasta el momento del lanzamiento y a veces todavía después dan completa seguridad. Las ventajas de esta disposición son tales, que hoy no se fabrican más granadas de mano que estas de seguridad. Pero todavía se emplean, en la presente guerra, por los dos partidos, granadas de mano con mecha, que apenas se diferencian de las que aparecieron durante la guerra ruso-japonesa.

Por lo demás, las granadas de mano no son las mismas en todos los países. Francia, por ejemplo, había descuidado este asunto, y al comenzar la guerra su ejército tuvo que emplear los mismos modelos que un siglo atrás: una esfera hueca de hierro fundido, de ocho centímetros de diámetro y 1.04 kilogramos de peso, cargada con 110 gramos de pólvora negra (figura 1). Las paredes, de un espesor de nueve milímetros, están taladradas en un punto, al

que se aplica el cebo; éste consiste en un tubo de madera, lleno de pólvora comprimida, en el que entra el estopín de fricción. Al estopín se sujeta un alambre, cuyo extremo libre se engancha en un corchete. Cuando ha de arrojarse la granada, se la suspende de un gancho, en que termina una correa que se ciñe al puño del granadero. En el momento de lanzarla, el estopín sale fuertemente del cebo y lo inflama, comenzando acto seguido la ignición de la pólvora. Cinco segundos después, el fuego se propaga a la carga y estalla el proyectil.

Arrojada a mano, la granada suele recorrer de 20 a 30 metros, si el granadero la lanza con fuerza. La distancia llega a 50 metros cuando el soldado está muy práctico y es hercúleo. La forma esférica y la distribución regular de la carga en el interior del proyectil, imprimen igual regularidad a la trayectoria y son causa de que si la granada cae en un terreno duro o inclinado, rueda y recorre algunos metros antes de estallar; la fuerza explosiva depende de su

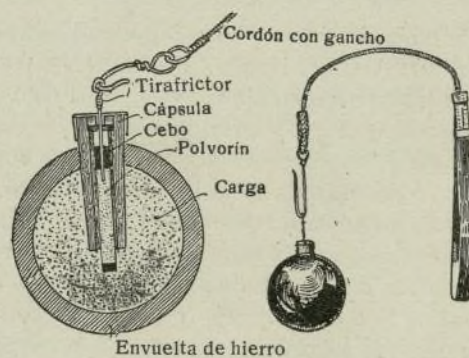


Figura 1

peso, y nunca es grande. Claro es que si el terreno está en pendiente hacia el granadero, hay la eventualidad de que la granada ruede por el suelo y estalle en las filas amigas. Por estos motivos, la granada francesa es bastante mediocre. Cabe reforzar su fuerza destructora, empleando explosivos especiales; pero no se la puede dotar de espoleta de percusión. Estos inconvenientes, y también su mucho peso, la hacen poco apropiada para la guerra de campaña. En la de sitios y en la de posiciones, por el contrario, como es la que hoy tiene lugar en el frente occidental, conviene que la trayectoria sea muy curva, y tales granadas alcanzan los lugares protegidos, como parapetos, trincheras, etc., y se hiere al adversario que se encuentre detrás del obstáculo pasivo, que es lo que se desea lograr.

Mejor que la granada francesa es la adoptada por Italia, cuyo ejército ha elegido el tipo Aasen, conocido hace tiempo por nosotros. No es, por lo tanto, un producto nacional, pero Inglaterra posee el derecho de construirla, porque el inventor, el ingeniero noruego R. W. Aasen, ha vendido la patente a varios países. Las granadas Aasen son las únicas de su clase que poseen la gran ventaja de ser completamente seguro su manejo, de modo que ni durante el transporte ni al usarlas hay que temer nada; además, no mide más que de 30 a 35 centímetros de largo, incluyendo el mango de madera sujeto al cilindro de acero. La explosión se efectúa por una espoleta de percusión, que no puede empezar a entrar en actividad antes de haber recorrido el proyectil los primeros diez metros de trayectoria, de modo que

es imposible una explosión prematura o imprevista.

Como enseña la figura 2.^a, se construyen las granadas Aasen en cuatro modelos y dimensiones, según el empleo que de ellas deba de hacerse. El tipo A₁ es el más usado contra nosotros, pesa un kilogramo, y además de su carga explosiva contiene un gran número de balas de plomo endurecido, dentro de una envuelta muy gruesa, de modo que al estallar desparrama horizontalmente, en todos sentidos, unos 140 balines, cubriendo una superficie de 150 metros cuadrados. Este tipo, cuyo efecto reside en los cascos y balines, necesita ser arrojado desde un lugar que proteja contra los balines que vayan hacia atrás, esto es, desde detrás de un parapeto, trinchera, foso, paso de montañas, etc.

Para los combates próximos en campo abierto no es a propósito el tipo A₁. En tales casos, se aplican los modelos B y C; la envuelta de B es delgada y no contiene balines, y obra por los efectos gaseosos de la carga explosiva, gases que son mortales hasta la distancia de tres metros del punto de explosión; mientras que el modelo C, intermedio de A₁ y B, arroja 120 balines, pero, sólo en la dirección del lanzamiento y a uno y otro lado, pero hacia adelante,

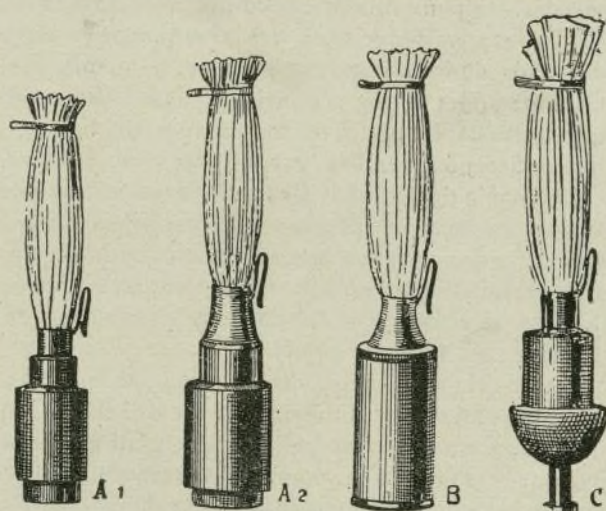


Figura 2

sin que haya peligro para el granadero y sus camaradas. Las granadas B y C pesan un kilogramo. La superficie batida oscila de 40 a 70 metros cuadrados, bastante más reducida que la correspondiente a la A₁.

El último modelo, A₂, sólo se diferencia del A₁ en que pesa más, 1.6 kilogramos, da 240 balines y cubre una superficie de 300 metros cuadrados, por lo que se le utiliza para cerrar el paso por calles, pasos, avenidas de atrincheramientos, etc. Con tal objeto, se entierran las granadas (figura 3) a unos 15 metros las unas de las otras, de modo que solo sobresalga de la tierra el cilindro de acero. La explosión

se provoca electricamente, luego de haber fijado un cebo especial. Claro es que también puede servir de la granada como proyectil arrojado, siéndole entonces aplicables las observaciones hechas para el tipo A₁.

Las granadas Aasen se componen de dos partes: el mango y el cuerpo. El cuerpo es cilíndrico en los tipos A₁, A₂ y B, y semiesférico con un remate cilíndrico en el C. En el interior del cuerpo hay una caja con la carga explosiva, y en los modelos A₁, A₂ y C, una envuelta de resina que rodea otra caja especial con los balines. El mango de madera lleva una especie de manga de tela, generalmente atada antes

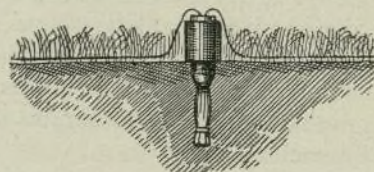


Figura 3

del lanzamiento, pero que se abre para pasar la mano. La manga hace las veces de timón durante el vuelo y asegura la caída del proyectil cabeza abajo (figura 4). El mango lleva un fuerte gancho, que sirve para suspender la granada del cinturón del soldado. Dentro del mango están la disposición para dar fuego y un cable enrollado, de 10 metros de largo, que sirve para la seguridad del cebo. Uno de los extremos de este cable termina en un mecanismo especial y el otro va sujeto al granadero por medio de una especie de lazo. Cuando el cable queda desenrollado por completo, se suelta el extremo del cable, arrastra un tirafrictor, se inflama el cebo y se propaga el fuego a la carga, estallando la granada al caer en el suelo o tropezar con algún obstáculo. Si el granadero, por un descuido o por falta de habilidad, arroja la granada demasiado cerca o tropieza con algún objeto, no se inflama la carga y no tiene lugar la explosión

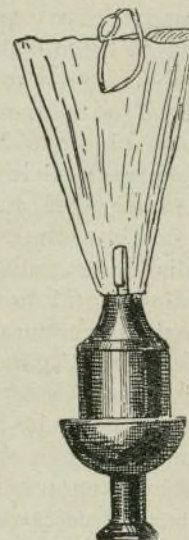


Figura 4

Esta disposición de seguridad de las granadas Aasen, tiene la importante ventaja, sobre todos los demás tipos, de no poner en peligro la vida del granadero y de sus camaradas en una eventualidad desgraciada.

(De *Der Krieg*).

HANS GUNTHER

(Concluirá).

CRÓNICA MILITAR

I. El apoyo mutuo entre los aliados.—II. El avión Fokker.—III. La acción de los zeppelines.—IV. La situación el 5 de febrero

I.—El apoyo mutuo entre los aliados

Fueron menester catorce meses de guerra y que Serbia fuera invadida para que las naciones aliadas cayeran en la cuenta de que habían cometido un

error fundamental: no imprimir unidad a la dirección de las operaciones. No fué esto lo peor, sin embargo, sino que la verdad sólo fué vista a medias, en uno solo de sus aspectos.

Invadieron los búlgaros y austro-alemanes el te-

Ayuntamiento de Madrid

territorio serbio y acto seguido se alzó un clamoreo en Francia, Inglaterra y Rusia, que provocó el precipitado y poco meditado envío de tropas francesas e inglesas a Macedonia. En parte porque no había más fuerzas disponibles a la sazón, en parte por no estar clara la actitud de Grecia, y mucho también porque la serena meditación siguió a las prisas, fracasó la campaña proyectada y los aliados se replegaron detrás de las fronteras griegas. Serbia sucumbió; abrióse el capítulo de cargos en averiguación de quiénes eran los responsables de que los serbios no fueran oportunamente socorridos, y por fin todo siguió como antes: haciendo cada cual lo que le parecía mejor. El caso ha vuelto a repetirse, incluyendo esta vez a Italia, con motivo del aplastamiento de Montenegro. La opinión pública, y aún la militar, desconcertadas antes, desconcertadas continúan, y se da de lado a lo fundamental, viéndose únicamente una de sus consecuencias.

Si en los directores de la guerra hubiera habido una percepción clara de los hechos, ni se hubiesen desviado perniciosamente los juicios, ni se habría dejado de poner mano en lo más desatendido, en lo que ha constituido el supremo acierto de los imperiales.

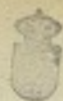
En primer lugar ¿hubo razón fundada para las lamentaciones a que dió lugar la derrota de Serbia, antes, y luego la de Montenegro? Es verdad que ninguno de los dos reinos fué socorrido; pero ¿acaso lo fueron los rusos en ninguna de sus desastrosas campañas, ni le han sido después? ¿Lo fueron los franco-ingleses en Gallípoli, ni en Champaña, Artois y Flandes? ¿Qué auxilio, si no directo, por lo menos de cooperación en los esfuerzos, han prestado los italianos a sus aliados, ni cuál han recibido de ellos? Si Serbia y Montenegro tienen que lamentar su desaparición temporal o duradera, en el mismo caso se encuentra Bélgica, Francia no ha perdido menos territorio que esos reinos, y mucho más que ambos reunidos, Rusia. De modo que el caso no era nuevo, ni tenía más amplitud que los pasados; la diferencia estribaba en que los asuntos de los Balkanes interesaban de cerca a todas las partes, mientras que los de Rusia, Francia, etc., sólo importaban a los lesionados.

El error estuvo en el modo de presentar el problema al público. Serbia es atacada—se le dijo;—hemos de correr en su auxilio. Y el público de Occidente, si hubiera profundizado en la cuestión, debiera de haber preguntado: ¿por qué no hemos corrido antes en apoyo de Rusia?; de la misma manera que el de Oriente hubiese debido de pensar: ¿obra-mos bien atacando cuando los franceses e ingleses están inactivos? ¿no sería más provechoso que nuestra ofensiva coincidiera con la de nuestros aliados del Oeste y del Sur? Pero el público no pregunta nada, ni cabe reprocharle por su atonía, toda vez que no entiende en achaques de guerra y tiene que limitarse a marchar por el camino que le trazan los que saben más que él.

Al ocurrir la invasión de Serbia, el problema debió de plantearse en estos términos: Serbia es atacada por fuerzas muy superiores, cuyas bases están junto al teatro de la guerra; como las nuestras se encuentran muy alejadas de él, llegaremos tarde, pero aunque llegáramos a tiempo la cuestión militar se

otra, muy sencilla: «el adversario distrae parte de sus ejércitos, de su material y de sus recursos, en un frente que no es ninguno de los tres principales; necesariamente se ha debilitado, por lo menos en sus reservas, en alguno de ellos, y nos brinda ocasión para hacerle sentir nuestra superioridad; ¿dónde y en qué forma debemos de atacarle?» Entonces hubiera surgido, en términos asequibles a los profanos, la urgencia de reparar la gran falta cometida por los aliados desde el principio de la guerra: la carencia de unidad de plan y de acción. Es verdad que esta falta fué por fin reconocida, pero no como necesidad permanente y de todos los momentos, sino puramente con vistas a la campaña de Serbia, de Montenegro y de Albania. De esto resulta que, tanto los elementos directores como los dirigidos, piensen en los Balkanes y cada vez que se menciona la referida unidad, cuando debieran de pensar en la guerra en general; y se concluye asimismo que no hay por qué referirse a la falta de apoyo mútuo entre los aliados, mientras no se ataque el mal en sus raíces. Con el apoyo mútuo se conseguirá resistir más o menos tiempo al enemigo, pero no se le destruirá, porque las guardias y las paradas, sin las estocadas, no ponen fuera de combate al adversario. Todas las manifestaciones de la estrategia y de la dirección de los aliados conducen a la misma conclusión: no les anima el espíritu ofensivo; han creído que les bastaba resistir en los campos de batalla y que la decisión vendría por otro camino. Cuando esa carencia de acometividad se observa en los pueblos, no es extraño que los métodos ofensivos que han querido llevarse a los reglamentos resulten positizos, artificiosos, según hice notar en otra ocasión. Lo que no se siente, no se puede practicar con convencimiento.

Al estado que ha llegado la guerra ¿podrán establecer los aliados la unidad de dirección? Los Consejos Supremos no han tenido eficacia, ni es probable que la tengan en lo sucesivo. Al romperse las hostilidades, cuando ninguna de las partes había perdido territorios y estaban las fuerzas intactas, era fácil unificar la acción; ahora hay intereses muy lastimados, y sería demasiado pedir que cada nación olvidara sus llagas y heridas para sacrificarse por el bien común, puesto que este bien redundaría en primer término, el más visible, en provecho ajeno. Se ha perdido el tiempo, por no querer dar oportunamente la supremacía a los principios genuinamente militares; los Imperios centrales, ora atacando a uno, ora atacando a otro de sus enemigos, han creado entre ellos una innegable divergencia de intereses y objetivos. He aquí por qué no es de creer que los aliados reporten ninguna ventaja del apoyo mútuo, tan ponderado. Es mucho más lo que hace falta, y cada hora que transcurre dificulta el acuerdo, porque no se trata ya de apoyarse, sino que sería menester sacrificarse todos en aras del objetivo general. Los que ya han sido borrados del mapa, los que han sufrido mutilaciones dolorosísimas ¿querrán y podrán someterse a nuevas sangrías, sabiendo que los golpes no alcanzarán a otros más afortunados? Esta consideración flota y prevalece sobre todas, y puede más que el buen deseo, el talento y la voluntad de los directores y cuarteles generales.



II.—El avión Fokker

Aunque no se han publicado datos exactos sobre los resultados del servicio de aviación en las diferentes naciones beligerantes, se sabe que la lucha aérea ha quedado en realidad reducida al frente occidental, por prestarse poco a ella el frente austro-italiano y no haber podido reponer los rusos las considerables pérdidas de material—nunca abundante—que sufrieron en 1915. Ingleses, franceses y alemanes aumentaron gradualmente el número de sus aviones y sus características, incluyéndose entre las múltiples variedades en uso el aeroplano acorazado y armado, de no tan excelentes rendimientos como se esperaba. En los últimos meses, consiguieron los anglo-franceses una marcada superioridad numérica, pero, contra lo que era de esperar, llevaron la peor parte en la lucha aérea, y con aterradora frecuencia fueron derribados los aviones que se aventuraban solos o en pequeños grupos más allá de las líneas alemanas. Pilotos muy prácticos y distinguidos quedaron fuera de combate, los reconocimientos aéreos se hicieron más difíciles, no se pudo advertir en algunas ocasiones los movimientos del enemigo, y al cabo los defectos del servicio—no imputables al personal—trascendieron al público. ¿Cuál era la causa de que en los más de los combates fueran derribados los aviones ingleses y franceses? La aparición de un enemigo terrible, el aeroplano Fokker, que tardó bastante tiempo en ser descubierto.

Al parecer se trata de un modelo semejante al Morane, de reducido tamaño y máquinas de gran potencia: 160 caballos o más, que permiten desarrollar una velocidad sin precedentes. En compensación, como el consumo de combustible es grande y pequeña la superficie de sustentación, el aparato no puede permanecer en el aire más de dos horas, lo que le inutiliza para los reconocimientos a distancia. Pero no es esa la aplicación que le dan los alemanes; limitan su empleo a dar caza a los aviones enemigos. Dotado el Fokker de una extraordinaria rapidez de vuelo y de maniobra, alcanza pronto al adversario y le ataca, casi sin peligro, porque los movimientos del aeroplano conocido, y más aún si es acorazado o está fuertemente armado, son tan torpes y lentos como vivos y súbitos los del Fokker.

Los aliados no han encontrado hasta ahora otro medio de oponerse al Fokker que la agrupación de aviones en escuadrillas numerosas, pero esta táctica no es la más propia para reconocimientos, ni se dispone tampoco de tantos aparatos que sea posible formar escuadrillas en todos los lugares importantes. El asunto es de interés, toda vez que sin un reconocimiento eficaz y seguro que dé a conocer los movimientos y preparativos del adversario, se allanaría no poco la ofensiva de éste. Véase, pues, cómo un elemento de guerra, defensivo en sí mismo, el Fokker, es un auxiliar poderoso de la ofensiva.

III.—La acción de los zeppelines

Los recientes bombardeos de París y de varias poblaciones inglesas por los zeppelines alemanes, ha vuelto a dar carácter de actualidad a un instrumento de guerra que por muchos se había considerado fracasado definitivamente.

Por grande que haya sido el daño material causado por los zeppelines, la finalidad de los bombardeos ha sido preferentemente moral. La acción de las aeronaves es militar en cuanto perjudica al adversario de un modo general, pero no satisface ningún fin de guerra propiamente dicho. Como arma, el zeppelin todavía no ha demostrado su eficacia contra los elementos de combate enemigos; como instrumento de reconocimiento y exploración, le aventaja el aeroplano; como medio de enlace, no puede destronar a los terrestres, y en primer término a la radio-telegrafía. ¿Es, pues, sólo el zeppelin un factor de intimidación?

Antes de responder a esta pregunta, recordemos algunos antecedentes. Los aeroplanos han llegado a las costas inglesas algunas veces, pero ni su radio de acción, ni la gran rapidez a que han de marchar, ni la corta dotación de proyectiles de gran peso que pueden llevar consigo, les ha permitido causar efectos comparables a los obtenidos por los zeppelines. A juzgar por las escasas noticias recibidas, los zeppelines actuales tienen mayor radio de acción y desarrollan una velocidad bastante mayor que los del año pasado. La aparición de un zeppelin sobre los lugares en que se desarrolló la batalla naval del Doggerbank, contribuyó, si no fué uno de los motivos más poderosos, a la retirada de la escuadra inglesa.

Si ayer los zeppelines tuvieron que reducir sus correrías a las costas del E. de Inglaterra, hoy han volado tierra adentro, han llegado al litoral del O., y en un porvenir muy próximo estarán en aptitud de llegar a Irlanda y la costa S. de Inglaterra, y aquel día surgirá el peligro más temible para el atacado: el bombardeo de las bases navales, el lanzamiento de grandes proyectiles sobre los formidables super-dreadnoughts; nada podría ser tan dañoso a Inglaterra como un ataque de esta naturaleza si tuviera éxito. La vigilancia activísima de los aeroplanos y el tiro de los cañones de tierra no es una garantía eficaz, según ha demostrado la experiencia; pero, aunque lo fuera, lo único que se podría lograr es derribar al zeppelin; pero, descubierto casi siempre éste cuando se encuentra a muy corta distancia de su objetivo, no habría de ser empresa imposible para unos tripulantes que previamente hubiesen hecho el sacrificio de sus vidas, precipitarse con toda o parte de su carga explosiva sobre un acorazado o un astillero y destruirlos. Media docena de tales sacrificios cambiarían el aspecto de la guerra naval; si no los han intentado los alemanes es porque, o bien los zeppelines no pueden separarse tanto de sus bases, o más probablemente porque aún no creen llegado el momento de desprenderse de sus aeronaves.

Sin necesidad de llevar la acción a las bases navales británicas, Salónica está brindando una oportunidad excelente para que el mayor enemigo de los acorazados aparezca sobre aquella bahía, donde se encuentran numerosos barcos de guerra. Si Salónica es atacada, puede tenerse por seguro que los zeppelines cooperarán en la empresa. Las sombras de la noche, adversas a los aeroplanos, son las más favorables a las aeronaves. En Salónica se presenta el caso de una plaza fortificada que es a la vez base militar y naval, y contra ella tienen los zeppelines una de sus aplicaciones más indicadas.

Las probabilidades mayores de éxito no se encuentran, sin embargo, en tierra firme o junto a la costa. Los más temibles enemigos del zeppelin son los aeroplanos, a causa de aventajarle en la velocidad y en la rapidez de maniobra; pero aquel puede buscar compensación desplegando su superioridad en la mayor duración del vuelo, o sea en aquellos combates que se libren en alta mar. Una escuadra que se aleje ciento o doscientas millas de la costa, no contará con otros medios de protección que los hidro-aviones que lleve consigo, y algunos, muy pocos, cañones y ametralladoras. Pero si esa escuadra se ve empeñada en combate con otra adversaria, aquellos elementos le servirán de poco, toda vez que el fuego de las piezas de un barco que se mueve rápidamente contra un objetivo que desarrolla gran marcha, será prácticamente infructuoso, y los hidro-aviones tendrán que emprender el vuelo antes de que se dispare el primer tiro, esto es, con demasiada anticipación, que les restará eficacia, o se habrán de resignar a menudo a permanecer, inútiles espectadores de la lucha y receptáculo de los proyectiles enemigos, en los puentes de sus barcos.

Imaginemos una espantable batalla naval en el mar del Norte y que los zeppelines intervengan en ella. Cuando centenares de personas, las que componen la dotación de un acorazado, se exponen impávidas a la muerte ¿dudará nadie de que desplieguen una abnegación igual los tripulantes de un zeppelin? Nada más fácil para una aeronave que cernerse sobre un acorazado, acompañar su andar al de su enemigo, perseguirle implacablemente, y, en último término, descender, acercarse a la presa para asegurar el blanco, y precipitarse sobre ella, hundiéndola en el abismo.

No es desconocido este peligro a los ingleses. Tanto lo temen, que sus barcos de línea apenas se aventuran en el mar del Norte; los alemanes, a su vez, no quieren aventurar sus fuerzas navales y aéreas mientras haya esperanzas de resolver la guerra en tierra; si se obtuviera una paz favorable, estando la flota alemana casi intacta, y muy quebrantada la británica por las pérdidas sufridas y por la incesante navegación de muchas de sus unidades, no sería ya una utopía el término del dominio universal de los mares por la Gran Bretaña. Mas si las circunstancias aprietan o se alejan las probabilidades de alcanzar la victoria en tierra, es indudable que Alemania recurrirá a todos sus medios ofensivos, y los zeppelines, en combinación con las escuadras, tratarán de acortar el camino que conduce a la paz. Hasta ahora apenas han hecho otra cosa que mostrarse, para que el enemigo advierta el peligro y reflexione sobre las medidas—el estrechamiento del bloqueo, entre otras—que piensa adoptar. Si no se detiene a tiempo, los tripulantes de los zeppelines, en vez de practicar en su propio país, atacaron las ciudades del enemigo; las más guardadas son las francesas, a causa de la exquisita vigilancia que se mantiene en todo el frente de batalla; las británicas están, en su inmensa mayoría, desamparadas; y es evidente que la experiencia adquirida por los aerosteros—a costa, y esto es lo triste, de víctimas inocentes—les será de

grandísima utilidad el día en que el deber les llame a prestar servicios de finalidad militar más concreta. Esas correrías, al mismo tiempo, ponen de manifiesto, más que los cálculos y estudios de gabinete, las deficiencias y defectos de los aparatos y revelan los perfeccionamientos que conviene introducir en los nuevos tipos. El zeppelin es una espada que están afilando los alemanes y que aún no ha descargado su corte sobre el adversario; pero éste sabe ya a qué atenerse.

IV.—La situación el 5 de Febrero

De un modo general, la actividad se ha reducido en los últimos días en todos los teatros a la lucha de artillería y a bombardeos aéreos.

En el Cáucaso, los rusos se extienden por el Este de Erzerum; en Persia se propaga la agitación. Las tropas del general Aylmer, que han recibido refuerzos, no se encontraban a catorce kilómetros de Kut-el-Amara, según dijeron los partes británicos, sino a cuarenta, donde continúan detenidas; se alega, como motivo de esta suspensión del avance, el estado fangoso del terreno y la crecida del Tigris a consecuencia de lluvias copiosas y pertinaces. Los turcos mantienen el cerco de Kut.

Ha terminado definitivamente, por esta vez, la estéril y sangrienta ofensiva de los rusos en las fronteras de Besarabia y el Strypa, de donde se dice que los alemanes han retirado tropas. Nada hay que decir de Salónica.

Los austriacos persisten en sus avances en Albania; sus vanguardias están a treinta kilómetros de Durazzo, y los búlgaros no han abandonado las posiciones que ocupaban hace siete días y que representan una amenaza contra Vallona. Los italianos han evacuado Durazzo, cuya defensa se ha encomendado a los albaneses de Essad Bajá.

Reina la calma, sólo interrumpida por los disparos de la artillería, en el frente austro-italiano.

Después de conseguidos los éxitos en el N. de Arras y en el Somme, citados en la *Crónica* anterior, los alemanes han suspendido sus ataques, que sólo tuvieron carácter local. Con ellos ha sido advertido su enemigo de la extraordinaria importancia del Somme, y parece extraño que los alemanes hayan descubierto prematuramente uno de los puntos menos fuertes de las líneas francesas, lo cual hace creer que la tantas veces anunciada ofensiva en Francia no es inminente.

Se ha promulgado la ley del servicio obligatorio en Inglaterra; el alistamiento comenzará el día 2 de marzo; entre tanto, sigue abierta la recluta voluntaria. En virtud de las exenciones que prescribe la ley, hechas extensivas al sistema de Lord Derby, los contingentes voluntarios de que se podrá disponer suman una cifra bastante inferior a un millón de hombres, que es la que probablemente se alcanzará con el voluntariado y el servicio obligatorio.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

5 de febrero 1916.